

Históricas Digital

José Rubén Romero Galván

“Miguel León-Portilla, maestro *Huey tlamatini, cenca huel temachtiani*”

p. 81-84

Vivir la historia

Homenaje a Miguel León-Portilla

Salvador Reyes Equiguas (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2008

166 p.

ISBN 978-970-32-5504-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/493/vivir_historia.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



MIGUEL LEÓN-PORTILLA, MAESTRO
HUEY TLAMATINI, CENCA HUEL TEMACHTIANI

JOSÉ RUBÉN ROMERO GALVÁN

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

He aceptado gustoso la honrosa invitación para participar en este homenaje que, muy merecidamente, con motivo de su octogésimo aniversario, le ofrece este su Instituto al doctor Miguel León-Portilla. Quiero valorar en esta ocasión la incansable labor que como maestro ha desarrollado desde hace casi cincuenta años en esta universidad. Me movió a ello el recuerdo, que aún guardo con frescura, del curso “Introducción a la Cultura Náhuatl” que en 1969 me mostró no sólo el interés sino el gusto inmenso que ofrece el conocimiento de la historia y la cultura de los antiguos indígenas de México.

Durante todo un año, lapso que duraba el curso, el maestro nos condujo con entusiasmo, que después supe era natural en él, por los senderos de la antigüedad náhuatl. El orden de los temas que se acomodaban para dar forma a la asignatura de “Introducción a la Cultura Náhuatl” se inspiraba en la más pura tradición de la ciencia antropológica, pues la primera parte, que duraba un semestre, estaba dedicada al estudio de los procesos históricos de la cultura que nos ocupaba, sin que se obviarán los profundos y fructíferos vínculos que los nahuas, a lo largo de centurias, tendieron con otros pueblos mesoamericanos. Se trataba de una aproximación diacrónica. Durante el segundo semestre, la atención recaía en el análisis de los aspectos más sobresalientes de la cultura de los antiguos hablantes del náhuatl; en cada una de las sesiones del curso el maestro abordaba un tema cuyo tratamiento despertaba en nosotros sus alumnos la curiosidad por adentrarnos en aquellas cuestiones entre las que se contaba el orden político, la economía, la religión, la cosmovisión y, por supuesto, el pensamiento, en el que el maestro había visto ya con claridad una filosofía. Se trataba



ese segundo semestre de una aproximación sincrónica. Resultaba de toda obviedad que quien seguía ambas partes del curso tenía al final una idea orgánica, ordenada y coherente de la historia y cultura de los antiguos nahuas y de sus vínculos con otras culturas con las que habían convivido.

La pasión con la que el doctor León-Portilla transmitía ese cúmulo de conocimientos y reflexiones despertaba en sus alumnos el entusiasmo por el conocimiento de aquella parte de nuestro pasado. Se producía así en nuestros jóvenes espíritus de historiadores en ciernes el deseo de profundizar en aquello que el maestro nos hacía descubrir. Quedaba pues sembrada la semilla que germina y produce frutos que no son otra cosa sino saberes que enriquecen tanto a aquel que los posee como a quienes lo rodean.

Sin duda, con ello Miguel León-Portilla cumplía una misión que se antoja inspirada en quien los antiguos nahuas llamaron *tlamatini*, el sabio. La etimología del término, en efecto, hace referencia a la persona que sabe algo. Este significado se desprende de la combinación del verbo *mati*, saber, con el sufijo *ni*, que convierte en una forma de sustantivo a los verbos, y que en este caso transforma la acción de saber en “el que sabe”; el término incluye además el prefijo *tla* que lo vuelve aún más preciso, pues nos indica que la acción a que se alude recae en algo, en alguna cosa; así *tlamatini* viene a ser “el que sabe algo”, “el que sabe cosas”.

Este significado, breve en apariencia, se enriquece, en primer lugar, gracias a una nota que fray Bernardino de Sahagún escribió de su puño y letra al margen del pasaje en el que habla del sabio en su *Códice florentino*. Allí se leen, rasgadas con trazos imprecisos y temblorosos, dado el pulso vacilante del fraile, las palabras en español “sabio o filósofo”. Tal significado se torna aún más profundo, en un segundo momento, cuando nos acercamos a la definición que los mismos indígenas proporcionaron al franciscano al referirse a aquellos a quienes ellos llamaban *tlamatinime*, y que aparece justo en el texto al que acompaña la nota a que acabamos de aludir. En los breves comentarios que siguen haré uso de la versión que de este pasaje preparó el mismo Miguel León-Portilla para un libro suyo que este año cumple cincuenta de haber salido por vez primera de la imprenta. Me refiero a *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. Allí, el maestro nos ofrece la traducción del texto sahaaguntino en cuestión que preparó, según él mismo lo aclara en una nota a pie de página, bajo el “asesoramiento lingüístico del eximio nahuatlato doctor Ángel María Garibay K.”

Veamos que nos ofrece el testimonio de los antiguos nahuas respecto del carácter y la personalidad del sabio, del *tlamatini*. Se decía que éste era “una luz, una tea, una gruesa tea que no ahúma”; con ello queda dicho que quien sabe algo, quien sabe cosas, el sabio, ilumina acaso porque el conocimiento siempre, y yo me atrevería a decir que en todas las culturas, es tenido como elemento que arroja claridad, luz, tanto sobre quien realiza en primera instancia el acto de conocer como en los que, a través de él, se acercan y conocen el objeto que es conocido. El sabio es también “un espejo horadado, un espejo agujereado por ambos lados”. Al respecto el autor de *La filosofía náhuatl* dice que se trata del *tlachialoni*, artefacto a través del que algunos dioses observaban la tierra y a los hombres; siendo así, concluye el autor, el sabio es “en sí mismo una especie de órgano de contemplación: “una visión concentrada del mundo y de las cosas humanas”. Además, el *tlamatini* posee los códices, “la tinta negra y roja”, pues, agrega el texto, “él mismo es escritura y sabiduría”.

Estos atributos, y otros más que me veo obligado a dejar de lado, por culpa del tiempo que siempre apremia, pues al punto torna el presente en pasado, caracterizan al sabio náhuatl. En él la sociedad veía al hombre capaz de producir claridad pues él mismo era “una luz, una tea”. Poseía en grado sobresaliente las capacidades de observar y analizar la realidad que lo rodeaba, ya que él mismo era “espejo horadado”. El conocimiento le pertenecía; incluso él mismo era considerado conocimiento, pues según se afirmaba era “escritura y sabiduría”. Difícilmente podría entenderse la existencia de un hombre con tales atributos si no se le considerara plenamente identificado con los suyos. El *tlamatini* cumplía una misión importante pues el conocimiento que produjo y que poseyó lo compartió con los hombres de la comunidad a la que se debía porque de ella era parte.

En este punto el sabio se torna maestro, deviene *temachtiani*. Permítaseme volver a los terrenos de la lengua náhuatl para buscar en ellos las claves de la etimología de este otro término que he traído a cuento. Una vez más la raíz de la palabra es el verbo *mati* que esta vez se torna a la voz pasiva, *macho*, y recibe el sufijo *tia* que indica que la acción se realiza gracias al impulso de un agente, en este caso quien realiza la acción. A todo ello se agrega el sufijo *ni* que vuelve sustantivo al verbo y un prefijo que nos dice que la acción recae en la gente. De todo este aparente galimatías resulta un significado que no deja de causar en nosotros admiración. El tér-

mino quiere decir “el que hace saber a la gente”, el maestro. En efecto, el texto que comentamos dice que el *tlamatini* es “maestro de la verdad”, *neltiliztli temachtiani*, y por ello “hace sabios los rostros ajenos, hace a otros tomar una cara... les abre los oídos, los ilumina... pone un espejo delante de los otros”. En suma, el maestro se nos presenta como quien no sólo tiene la tarea de observar el mundo y a los hombres a través de su espejo horadado, sino, sobre todo como aquel que cumple la misión de compartir la tinta negra y roja que posee, de dar a otros la escritura y la sabiduría que él mismo es; sólo así accede a convertirse en “una luz, una tea”, según lo describe el texto sahuaguntino.

He querido recordar este pasaje de la obra del franciscano a quien tanto debemos quienes nos dedicamos al estudio del mundo náhuatl porque, y ya lo decía al principio, he pensado siempre que Miguel León-Portilla, hombre de cultura universal, al hacerse eco de los modelos que Occidente ha propuesto desde la antigüedad clásica para el maestro, encontró también en la antigua tradición náhuatl mesoamericana elementos rectores de una actividad incansable que durante tantos años ha desarrollado: la de ser maestro de muchas generaciones. Tengo por cierto, y no creo que sea sólo feliz coincidencia, que la figura del sabio maestro náhuatl ha permeado el espíritu de Miguel León-Portilla. Así, a lo largo de varios lustros, nuestro maestro, sembrando vocaciones, ha hecho posible que un mayor número de mexicanos nos dediquemos, como profesionales ya de la historia, ya de la antropología, a impulsar cada vez más lejos y más alto los estudios que han permitido el avance del conocimiento de aquellos hombres que desde mucho antes que nosotros han habitado estas tierras.

Hoy nos reunimos para festejar junto con Miguel León-Portilla su octogésimo aniversario. Ello constituye en verdad la ocasión para reconocer la labor que constante, como la gota que cava la piedra, ha sido no sólo su más notoria característica, sino sobre todo un ejemplo a seguir. Nos ha enseñado con la palabra pero, acaso de mejor manera con el ejemplo. Ello no es poca cosa. Basta recordar para asumir lo que los antiguos decían: *magis movent exempla quam verba*, los ejemplos mueven más que las palabras.

Miguel León-Portilla: es la ocasión para reconocer en ti al maestro que durante tantos años has sido de muchos de nosotros. Es el momento de llamarte como seguramente los mexicas, que tanto has estudiado, se habrían referido a ti: Miguel León-Portilla, *In huey tlamatini*. Miguel León-Portilla, *In cenca huel nelli temachtiani*.